

si no hubieran tenido el auxilio de los Estados Unidos y, sobre todo, sin los desaciertos de Maximiliano. No fué la firmeza de Juárez la que salvó la situación, sino lo que la empeoró inútilmente, como lo veremos en el discurso de este estudio.

CAPÍTULO IV.

EL PERÍODO AGÓNICO.

El gobierno de Juárez no comprendió el problema que debía resolver, cuya solución consistía, como he dicho, en conservar los Estados el mayor tiempo posible, recoger dinero, simular la pacificación, mantener una tenue resistencia con guerrillas, es decir, guardar el fuego debajo de las cenizas, para encenderlo con vigor cuando los franceses hubieran retirado, por lo menos, la mitad de sus tropas. Se hizo todo lo contrario de lo debido : se multiplicaron las contribuciones, se impusieron préstamos forzosos, se desarrolló la leva con furor extraordinario, se hicieron requisiciones de armas, de caballos, de mulas, de carros. Se hizo todo lo posible para echar á las poblaciones en brazos de la Intervención. La mayoría de las actas de adhesión al Imperio fueron voluntarias. La mayoría de la Nación no creía ya entonces que la Intervención comprometía la independencia, y el resto, exceptuando el enérgico grupo liberal, estaba hasta por perder la independencia con tal de llegar á conocer el de-

recho de propiedad, el respeto á la vida humana y á la libertad personal, la inviolabilidad del trabajo, el sueño sin pesadillas, la autoridad sin brutalidades, las leyes sin desgarraduras, los tribunales sin consigna y sin venalidad. La Constitución había ofrecido prodigios en materia de libertades y garantías; pero la guerra civil, el clericalismo y el jacobinismo no habían hecho más que desarrollar esos siniestros despotismos de los fragmentos y el polvo de una sociedad, que forman la anarquía.

La gran masa nacional cometía el delito de traición; pero era su única esperanza, traicionar para vivir; su último esfuerzo, su último crimen, la última voluntad ciega y enérgica de su larga desesperación. Esta conquista del espíritu público por las promesas de la Intervención se hacía sentir triste, pero efectivamente.

Era una locura sacrificar al país y sacrificar el prestigio de la causa que se defendía con el objeto de formar grandes fuerzas regulares para batir á los franceses, cuando miserablemente se habían entregado los mejores elementos concentrados en Puebla para que fuesen devorados por la inevitable capitulación. Juárez y los hombres de muy buena voluntad y de gran patriotismo que le acompañaron, dieron satisfacción al error militar sin límites de aprovechar el período de pánico para presentar reclutas al ejército francés, como quien espera el ham-

bre de un tigre para arrojarle al hocico canarios. En los cinco meses corridos de Junio á Noviembre de 1863, Juárez y los Gobernadores de los Estados llegaron á organizar las siguientes fuerzas regulares :

General López Uraga	10,000 hombres
División Doblado	4,000
División Ortega y Patoni	3,000
Fuerzas de Jalisco	3,000
Brigada Rojas	2,000
División Negrete	2,400
Brigada Cortina, en Matamoros	1,000
Brigada Carvajal y Pavón, en Tamau-	
lipas	1,500
Brigada Hinojosa	800
División Porfirio Díaz y fuerzas de	
Oaxaca	4,000
Quiroga y Vidaurri	800
Fuerzas de García Morales, en Sinaloa.	1,500
» de Pesqueira, en Sonora	2,000
» del Estado de Chihuahua	1,500
Ugalde y Martínez, en la Huasteca . .	2,000
Tabasco y Costas de Barlovento y So-	
tavento	1,500
D. Juan Álvarez, en Guerrero	1,800
Guerrillas sueltas en todo el país . .	3,000
Total	43,800

Para armar estas fuerzas, organizarlas, sostenerlas y dotarlas de muy abundante parque de fusil y artillería, se hicieron esfuerzos sobrehumanos y se gastaron más de 5 millones de pesos. Veamos los resultados.

*
**

Por supuesto que Juárez, receloso como siempre de que se levantase un héroe que lo arrojara de la presidencia, cometió el error intencional de no dar el mando de todas las fuerzas á un solo general. Si para la campaña de Puebla el mando había sido bicéfalo, para la del interior el mando fué policéfalo.

El general Bazaine, en los primeros días de Noviembre de 1864, salió de México para ponerse á la cabeza de 14,000 franceses y 7,000 mexicanos. El movimiento de internación de estas fuerzas se hizo rápidamente y sin disparar un tiro sobre las fuerzas regulares republicanas, que no maniobraban, huían y se consumían velozmente por la fatiga y la deserción. El General intervencionista Don Tomás Mejía ocupó la plaza de San Luis, cedida cobardemente por la División Negrete y este jefe, para reparar su debilidad, atacó la plaza que acababa de ceder, haciendo brillar una impericia digna de su nombre y fué completamente derrotado. Uraga cometió la insigne torpeza de atacar Morelia, fué desastrosamente batido, perdió la mitad de su fuerza y 33 piezas de artillería y marchó regando el material que le quedaba y multitud de soldados, perseguido por una columna francesa, hasta refugiarse en el Estado de Colima. Esta fuerza, unida

á la de Jalisco y reducida por la deserción á 4,000 hombres, acabó derrotada en Jiquilpan por 350 franceses al mando del Coronel Clinchant.

Como acabo de expresarlo, el General Bazaine salió de México en Noviembre de 1863, y el 6 de Enero de 1864, habían ya caído en poder de la Intervención, sin resistencia digna de llamarse militar, Querétaro, Guanajuato, Morelia, S. Luis Potosí, Aguascalientes, Zacatecas y Guadalajara. Todo el centro poblado del país estaba en poder del enemigo, sin que las grandes masas de fuerzas republicanas hubieran defendido el territorio, si no con brío, al menos con pundonor.

La división Doblado fué derrotada en Matehuala por D. Tomás Mejía y el Coronel Aymard, la de González Ortega y Patoni fuerte de 3,500 hombres y 22 piezas de artillería, sufrió una verdadera catástrofe en el cerro de Majoma, atacada por 531 franceses y 80 mexicanos. Cortina se sometió al Imperio con 1,000 hombres en Matamoros, Garza hizo lo mismo en Tamaulipas y entregó 800. En la Sierra de Huauchinango el General Rafael Cravioto se sometió á la Intervención con todas sus fuerzas; lo mismo hizo en el Estado de Guanajuato el General Antillón; lo mismo ejecutó en el de Michoacán el General Elizondo; lo propio verificaron el Coronel Quiroga y el General Vidaurri en Nuevo León.

La regencia del Imperio dió una ley en Enero de 1864, reconociendo grados y empleos á todo jefe ú oficial republicano que se presentara en el plazo de un mes. La Regencia disponía de dinero con abundancia para todos sus gastos y era la primera vez que se pagaba á todas las clases dependientes del erario con esplendidez y puntualidad. El llamamiento de Almonte, tan generoso como corruptor, no quedó desairado. Los jefes y oficiales del ejército republicano se desbandaban de sus filas para presentarse por pelotones, por batallones, por brigadas, á recibir el pan caliente de la Intervención. Los principios se refugiaban ávidamente en los repliegues intestinales.

La llegada á México del Archiduque dió un golpe mortal á la causa republicana. Todos los que aún dudaban de las generosas intenciones de Napoleón, de dotar á México de un gobierno fuerte y liberal, sin menoscabar su independencia, acudieron al llamamiento del nuevo Emperador. Los moderados se presentaron casi en su totalidad; era llegada su hora, porque el programa del Imperio se intitulaba conciliación: los liberales exaltados se fueron presentando en gran número, muchos de ellos convencidos de las ventajas de una monarquía opulenta y verdaderamente liberal, en vez de la vieja república, deforme, falsa, tiránica, miserable, jacobina, anárquica.

El Licenciado Don Manuel María de Zamacona, con su habitual elegancia de lenguaje, en una carta que le ha sido muy censurada por lo mismo que dice la verdad, tuvo la firmeza y la lealtad de hablar á Juárez en términos hábilmente políticos.

« Las olas de la invasión, escribía el Señor Zamacona, progresan sin dique ni resistencia y los confines del país donde aun no llegan estas olas ceden bajo nuestras plantas y se cambian en terreno no seguro y enemigo... ¿Cómo el invasor se ha extendido en el país estableciendo inmensas líneas militares, no interrumpidas, cómo ha restablecido la seguridad en los caminos, cómo atrae hacia él miembros del partido independiente, cómo gana terreno en las Cortes extranjeras y crédito financiero, hasta el punto que el hermano del Emperador de Austria se decide á venir á México á ocupar el trono elevado por la Intervención y que el sabio Rey de los Belgas induce á su hija á ceñir la corona mexicana y en fin cómo es que los Bancos de París y Londres abren al nuevo Imperio sus cofres para la realización de un empréstito?

« En la corriente de este año hemos caído del pedestal glorioso sobre el cual nos habían elevado Zaragoza y los valientes defensores de Puebla. En el interior hemos perdido todos los grandes centros de población y lo peor es que el enemigo ha

hecho la conquista material de todas estas localidades sin haber impedido á los espíritus facilitarle la conquista moral á la que aspira, y ha logrado por un sistema sabio, si no cautivar la simpatía de los mexicanos, al menos los ha resfriado para la defensa nacional.

« Nuestro gobierno se encuentra en un rincón del país ignorado de las poblaciones más lejanas. No estando sujeta la defensa nacional á la acción del gobierno, ha tomado un carácter anárquico y destructor, fecundo solamente en ruinas y mal renombre. En esta última mitad del año nada hemos hecho contra el enemigo y mucho hemos dejado hacer contra el país y sus habitantes. Delante de los progresos increíbles que han podido hacer en la corriente de este año, es de temer que los invasores y sus auxiliares no lleguen, por falta de obstáculos por nosotros suscitados, á dominar todas las dificultades y á realizar los proyectos más insensatos (1). »

*
**

Tomando el gobierno Maximiliano, todos los poderes públicos se concentraban en sus manos y el ejército francés no era más que una fuerza auxiliar en sus manos, destinada á prestar servicios

(1) Traducida del francés, de la obra del General Thoumas, *les Français au Mexique*, pág. 235.

por tiempo muy limitado : ajustándose el Imperio á la convención de Miramar, la independencia mexicana no estaba comprometida. El ejército francés por su número, no podía ser un ejército de conquista, y el Emperador por su calidad de Hapsburg, no podía ser un empleado disfrazado de Napoleón, y Napoleón tampoco podía intentar nada contra el territorio é independencia de México porque desde que Sherman ocupó Atlanta (2 de Septiembre de 1864), la causa de los Confederados estaba totalmente arruinada y la doctrina Monroe en vísperas de recobrar su vigor.

¿Qué representaba, pues, en esos momentos la bandera de Juárez? ¿El régimen liberal? Lo había ofrecido Maximiliano y había inaugurado su gobierno rechazando brutalmente á los reaccionarios. ¿Representaba la Reforma? Su parte más sólida y más trascendente, la nacionalización de los bienes eclesiásticos subsistía, y el Arzobispo Don Pelagio Antonio de Labastida había escrito insolentemente al General francés Neigre (1) : « Nosotros (los Obispos) declaramos categóricamente que la Iglesia *sufre hoy los mismos ataques contra sus inmunidades y sus derechos que en tiempo del gobierno de Juárez*, y jamás se ha visto perseguida con tanto encarnizamiento y que la guerra

(1) El Arzobispo Labastida al General Baron Neigre, Comandante de la plaza de México, Noviembre 18 de 1863.

que se nos hace es peor que la de aquel tiempo ».

¿Representaba en esos momentos la causa de Juárez á la República? Nunca había habido verdadera República y la población prefería un gobierno verdadero á uno débil y falso. ¿Representaba la prosperidad del país? El Gobierno de Juárez, como todos los anteriores, no había expresado más que un Calvario de miserias en un *vía crucis* de desmoralización. Maximiliano se presentaba apoyado por un gran crédito y como un caudillo refulgente de millonarios europeos empeñados en transformar el país, de pordiosero en magnate.

La bandera de Juárez representaba en aquellos instantes una cosa muy débil y una cosa muy fuerte. La cosa muy débil era la creencia, en un grupo admirable de hombres severos, enérgicos y patriotas, de que la independencia y la democracia, que en su concepto había sido floreciente, estaban perdidas y les era forzoso sucumbir ó recuperarlas. Lo que representaba Juárez de muy fuerte era el *caciquismo*, tan natural y tan arraigado en el país como la raza indígena y notablemente poderoso, teniendo como apoyos principales : el provincialismo contrario al nacionalismo, la configuración geográfica del país y las tradiciones cacicales de identificación con la gran causa liberal. Nótese bien, todos los cacicazgos que protegía el sistema federativo, como los de

Guerrero, Sonora, Chihuahua, Durango, Chiapas, Guanajuato, Tabasco y Tamaulipas, se declararon por la República. El cacicazgo de la Huasteca se declaró también por la República, porque de hecho era un Estado independiente. En cambio, los caciques que no eran considerados como gobernadores federales y á quienes se quería sujetar al gobierno de los Estados, como Losada en la Sierra de Alica, como Tanorí en Sonora, como Don Tomás Mejía en Sierra Gorda, y como Don Remigio Tovar en la Sierra de Mascota, se adhieron al Imperio que les ofrecía de hecho la tolerancia é independencia. Si los dominios de estos caciques hubieran sido declarados Estados federales, todos se hubieran puesto contra el Imperio, que representaba de hecho y de derecho el intransigente centralismo.

Vidaurri fué una excepción; rompió con Juárez porque le quitó la productiva aduana de Piedras Negras y creyó que el Imperio lo mantendría cacique del Departamento de Nuevo León para seguir medrando con el contrabando y llenando sus profundas arcas con los productos de las aduanas robados á la Federación. En los Estados no cacicales, sino militares, la posición de los gobernadores federales podía cambiarse hasta con ventaja por Comandantes generales de departamento bajo el centralismo. A la llegada del Archiduque, la

causa de Juárez tenía además del federalismo en su bandera, su legalidad, en la que ninguna persona sería podía creer, sabiendo que la voluntad nacional es siempre la voluntad del Presidente de la República ó la voluntad del que lo derroca.

*
**

El estado de la opinión á la llegada del Archiduque tenía que reflejarse en las operaciones militares y demacrar hipocráticamente el aspecto ya lívido de la resistencia republicana.

« La situación de los republicanos de Oaxaca, dice el autor de la *Historia Militar del General Díaz*, era cada día más difícil, porque muchos de ellos se desmoralizaron con la certeza que tenían en su ánimo de que era imposible la resistencia cuando el país entero había sucumbido; y algunos de los defensores de la independencia deponían las armas y se retiraban á sus hogares, fatigados de luchar sin elementos y agobiados con las derrotas que sufrían los restos de nuestro ejército, cuando éste no podía combatir contra el francés, tan perfectamente armado, municionado y disciplinado (1) ». La desmoralización fué irresistible « y cundía rápidamente entre la tropa; parte de la

(1) General Ignacio M. Escudero, *Historia Militar del General Porfirio Díaz*, pág. 85.

caballería se desbandó y la guardia nacional de Tehuantepec se pronunció por el Imperio y la de Miahuatlán no quiso organizarse ni partir á la campaña (1) ».

« Al ver esto las fuerzas de Oaxaca se desmoralizaron á su vez, no sólo al palpar la superioridad en número, disciplina y armas del ejército francés, sino al persuadirse de que con la defección de la Caballería de Tehuantepec le faltaba un apoyo exterior que auxiliase á la guarnición.

« Los traidores que había dentro de la plaza, es decir, los conservadores, fomentaban el desaliento de la guarnición ya sembrando el terror anunciando que los defensores de la independencia serían pasados por las armas, ya prometiendo recompensas á los tráfugas ». En tales condiciones Oaxaca tuvo que rendirse con cerca de 4,000 hombres de guarnición y el jefe de la plaza, General Porfirio Díaz, fué conducido á Puebla en calidad de prisionero. Este golpe causó el desaliento más profundo en la zona destinada á la campaña del ejército de Oriente que había totalmente desaparecido, no quedando más que débiles guerrillas ».

*
**

La situación del Ejército del Centro era ya de-

(1) General Ignacio M. Escudero, *obra citada*, pág. 85.